

que se percibe una gran estabilidad de la unión conyugal, lo que provoca que la población que no hace uso del control de la natalidad alcance niveles muy altos de fecundidad al término de su vida reproductiva. Esto es cierto sobre todo cuando en dicha población la nupcialidad es precoz, tal y como lo observamos en nuestra investigación, en donde el 45% de las mujeres entrevistadas se casaron antes de cumplir los 18 años de edad, y un 39% adicional contrajo matrimonio entre los 18 y los 22 años.

Si las correlaciones entre estas dos variables (duración de la unión y edad al casamiento) por una parte, y la fecundidad por la otra, fueron muy elevadas y significativas, ello se debe en buena medida a la ausencia de una anticoncepción efectiva. Alrededor de la mitad de las entrevistadas nunca ha utilizado métodos anticonceptivos; y entre quienes sí los han utilizado, no es posible detectar efectos reales sobre la procreación. Por supuesto que debemos reconocer que el análisis que hemos hecho sobre este particular ha sido por demás superficial, por lo que no podemos pretender llegar a conclusiones definitivas. Pero la breve exploración realizada nos permite observar:

- a) que los métodos anticonceptivos menos eficaces (condón, ritmo, diafragma, espumas, jaleas, óvulos, interrupción del coito, etc.) son los menos conocidos y los menos utilizados por esta población;
- b) que el número actual de usuarias de la anticoncepción es relativamente bajo (30% aproximadamente);
- c) que son sobre todo las mujeres más jóvenes (de 39 años o menos) quienes emplean en mayor proporción los métodos de control natal (44% utilizan métodos eficaces y 5% métodos poco eficaces), y
- d) que aparentemente no existe relación entre la utilización de métodos contraceptivos y la fecundidad.

El primer aspecto encuentra una explicación de sobra evidente: la promoción de la anticoncepción, que ha estado a cargo del sector salud en nuestro país, ha puesto hasta ahora el énfasis en los métodos técnicamente más eficaces, sin considerar los posibles obstáculos socioculturales que su utilización puede representar. Si en un principio la punta de lanza de los programas de planificación familiar estaba consti-

tuida por los métodos hormonales (particularmente la píldora anticonceptiva), ante el fracaso que éstos mostraron, las autoridades de la salud modificaron su estrategia, promoviendo entonces el uso de dispositivos intrauterinos y de esterilizaciones (en todos los casos se trata de métodos "eficaces"). Por otro lado, el hecho de que el número de usuarias de la anticoncepción no sea elevado, no se debe a una falta de cobertura de servicios, sino más bien a una cierta incompatibilidad de la práctica del control natal con respecto a diversos aspectos de la cultura popular en sectores rurales. Como dice Leñero:

...cuando estamos ante familias aún no urbanizadas, de cultura de subsistencia, de clases populares marginadas (...) sin seguridad social institucional, con un funcionamiento de la familia como unidad de producción, y sin que la mujer madre trabaje fuera del hogar, podemos presumir entonces que la familia no ve todavía en la anticoncepción un fenómeno espontáneo de conveniencia clara (Leñero, 1983: 255-256)

Nuestra tercera observación resulta también un tanto obvia, ya que las mujeres más jóvenes tienen en promedio más años de escolaridad que las menos jóvenes, y son más receptivas frente a la introducción de técnicas y de conceptos innovadores en materia de salud y de planificación familiar.

El último punto adquiere aquí una dimensión de capital importancia, dado el tema central de nuestro estudio. El hecho de no haber encontrado relación alguna entre el uso de anticonceptivos y el número medio de hijos por mujer, arroja serias dudas sobre la eficacia e incluso sobre la coherencia de los actuales programas de planificación familiar. Es verdad que los datos que obtuvimos sobre las usuarias actuales de anticoncepción no nos dicen nada concreto sobre la historia de utilización de dichos métodos, por lo cual no podemos saber si quienes los emplean empezaron a hacerlo a partir del momento en que su fecundidad era ya elevada. Pero incluso entre aquellas mujeres que los utilizaron en alguna ocasión y que ya no lo hacen, no existen diferencias en su fecundidad, comparativamente a quienes nunca los utilizaron; y esto es cierto para todos los

grupos de edad. Como hemos señalado, la práctica de la anticoncepción está estrechamente vinculada con factores culturales que influyen no solamente en su uso y en su aceptación, sino también -y sobre todo- en su continuidad y en su eficacia. Por ello creemos que debe profundizarse más en el estudio de esta cuestión.

Culturalmente, todo parece indicar que se está produciendo una transición hacia una fecundidad menos elevada; al menos son sugestivos en este sentido los datos que obtuvimos en nuestra encuesta respecto a la fecundidad ideal, la cual, como vimos, es de 3.5 por mujer en promedio, con una muy reducida varianza y en todos los grupos de edad. Si esta cifra puede parecer elevada cuando la comparamos con la existente en países más desarrollados en los que se produjo hace tiempo la transición demográfica, ella es sin duda muy inferior a la que realmente existe en esta población. Podemos inferir entonces que en la esfera de los valores, el ideal de una familia relativamente pequeña subsiste conjuntamente con otras ideas de carácter aún pronatalista. Si ello puede parecer paradójico y contradictorio, no nos parece extraño, pues la ambigüedad es una de las características más específicas de la evolución cultural. Como quiera que sea, la evidencia nos señala que no existe correspondencia entre este aspecto ideal de la fecundidad y la realidad: la correlación que encontramos entre ambas variables, aunque significativa, no deja de ser demasiado débil (+0.11).

No podemos negar que el comportamiento reproductivo es heterogéneo, y que en consecuencia ciertos subgrupos de la población muestran niveles de fecundidad más bajos que otros. Al referirnos a los valores y actitudes, descubrimos que algunos sectores de la población ya no conciben al estilo tradicional ni el papel sociofamiliar de la mujer ni el papel que juegan los hijos en la familia, y que ello influye en la demanda real de hijos: todas las variables retenidas en nuestro estudio a este respecto así lo confirmaron, mostrando que las mujeres menos apegadas a las ideas tradicionales eran quienes tenían los más bajos niveles de fecundidad.

En cuanto al impacto que sobre la fecundidad tienen las variables familiares propiamente dichas, encontramos que en la mayoría de los

casos las asociaciones estadísticas fueron significativas. Destaca el hecho de que los diferenciales observados en el número medio de hijos por mujer fueron más consistentes e importantes cuando cruzamos las variables de la interacción conyugal (principalmente la comunicación de la pareja y la satisfacción de la mujer) con la fecundidad, que cuando probamos el efecto de las variables de la estructura familiar (particularmente la composición de la familia y el reparto de tareas domésticas). A pesar de la imperfección de los indicadores utilizados para medir la comunicación de la pareja y la satisfacción femenina, pudimos observar que -en general- predominaba una relación inversa entre estas variables y el número de hijos. Esto quiere decir que tanto entre las mujeres que obtuvieron altos puntajes en la escala de comunicación, como entre quienes se declararon más satisfechas, el número promedio de hijos era menor que entre las parejas con bajo nivel de comunicación y de satisfacción conyugal.

De todos los ítems referidos a la comunicación entre los esposos, sin duda el más importante para explicar el número de hijos resultó ser el que se refería a la comunicación sobre los planes de fecundidad, ya que las mujeres que declararon que nunca platicaron con sus esposos sobre la cantidad de hijos que querían tener tuvieron en promedio el doble de hijos (7.2) que las que más frecuentemente conversaron sobre este particular con sus maridos, quienes en promedio tuvieron 3.6 hijos. Aunque en este caso los mayores porcentajes de "buena" comunicación se dieron entre las mujeres más jóvenes³, las diferencias en el número medio de hijos por mujer no dejan de ser importantes en todos los grupos de duración de la unión, ya que en todos ellos las que mejor se comunicaban tenían cuando menos 1.2 hijos menos que quienes nunca lo hacían.

Que nos refiramos a la "felicidad" que las mujeres han obtenido de su unión conyugal, a la "comprensión" o al "cariño" que dicen haber recibido de sus maridos, en todos los casos las mujeres más satisfechas son las

³ Lo que puede sugerir que existe un "desgaste" de la capacidad de interacción de la pareja a medida que pasan los años, o bien una tendencia mayor entre las nuevas generaciones a comunicarse más. Aunque nuestros datos no nos ilustran a este respecto, nosotros tenemos tendencia a inclinarnos más por la primera alternativa.

que denotan una menor fecundidad. Como interpretación hipotética podríamos adelantar que las mujeres que encuentran menos gratificación en su relación conyugal deben encontrar refugio en su relación maternal, y asumen esta función como su principal razón de ser, obteniendo no sólo su satisfacción, sino su valoración personal a través de una gran procreación.

Por otro lado, la exploración que hicimos sobre la dinámica decisional de la pareja nos arrojó resultados relativamente ambiguos para interpretar la conducta reproductiva. Es cierto que encontramos -tal y como lo habíamos previsto- que las parejas que desde el punto de vista de la autoridad familiar pueden ser consideradas como más igualitarias, son al mismo tiempo las menos fecundas. Pero también es verdad que las diferencias observadas en la fecundidad entre las familias más igualitarias y las menos igualitarias no fueron muy importantes. Además, teóricamente habíamos supuesto que en las familias más patriarcales (de autoridad predominantemente masculina) habríamos de encontrar los niveles más altos de fecundidad, lo que no fue verdad -excepto para las mujeres de mayor edad, cuya unión se ha prolongado por más de veinte años. Entre las mujeres cuya unión ha durado 20 años o menos, las más fecundas son precisamente las que pertenecen a hogares en los que predomina la autoridad femenina. En consecuencia, la relación entre ambas variables no queda muy clara, por lo que sugerimos que en futuras investigaciones se refinen más los indicadores empleados para medir la autoridad en la familia.

Algo similar ocurre al observar el impacto de la composición familiar, en donde lo que más destaca es que las familias menos prolíficas son las seminucleares, lo que puede ser explicado por la ausencia del varón. Aquí, un análisis global nos muestra que las familias típicamente nucleares tienen menos hijos en promedio que las familias compuestas (en las que existe la presencia de otros parientes además de la tríada padre-madre-hijos solteros), particularmente entre las mujeres cuya unión conyugal se ha prolongado por más de 20 años. Pero como apuntamos en otra parte, estos datos se refieren a la situación familiar en el momento de aplicar la entrevista y no hacen alusión necesariamente a una

condición estable de la unidad familiar, por lo que cualquier conclusión en este sentido puede inducir a errores de interpretación.

Finalmente, vale la pena señalar que en lo que se refiere al reparto de las tareas domésticas, los resultados obtenidos fueron completamente inesperados, puesto que contrariamente a lo que esperábamos, los pocos matrimonios que pueden ser considerados como más igualitarios son aquellos que muestran una mayor fecundidad. ¿Es posible que la gran fecundidad presione al varón para que colabore en el cuidado de la casa y sobre todo para que ayude a su esposa en la crianza de sus hijos? O bien ¿el hecho de que el varón sea más colaborador permite a la pareja hacer frente a una fecundidad más elevada? La información recabada no nos permite ir más lejos en la explicación de esta relación; no obstante, abre pistas sumamente interesantes para futuros trabajos en esta misma línea.

Todos los datos que hasta aquí hemos expuesto nos inducen a reflexionar sobre la importancia que adquiere -tanto el plano puramente demográfico como en la perspectiva de las relaciones interpersonales- el análisis de la dinámica familiar y, de manera más específica, el estudio de la condición femenina. La familia constituye -no cabe duda- la unidad más significativa de la conducta demográfica, pero también la unidad social en la cual los individuos crecen y se desarrollan. Lamentablemente no existe en nuestro país una política familiar que favorezca el desarrollo integral de la familia y que promueva la planificación familiar en su sentido más amplio. Las políticas demográficas ya no pueden, ni deben, seguir poniendo el énfasis en el control de la natalidad. El análisis que hasta aquí hemos hecho nos indica claramente que las familias mejor integradas, en las que la comunicación conyugal es más frecuente y en las que las mujeres están más satisfechas, son las que están adelante en la transición hacia una menor fecundidad. Mucho se ha insistido: *la reducción de la natalidad no es un fin en sí mismo*; la anticoncepción es un mecanismo a través del cual las familias pueden alcanzar sus propias metas, planeando eficazmente cada una de sus etapas y de sus ciclos vitales.

El campo de Nuevo León, aún en las comunidades más pequeñas y alejadas, se está produciendo un cambio importante dentro de la familia. Si bien que lento, dadas las características del contexto social, dicho cambio apunta ya hacia nuevas formas de estructuración de la familia y hacia nuevas pautas de interacción entre los esposos. Y en este contexto la promoción de la mujer adquiere dimensiones de primera importancia, no tanto en cuanto es compatible con las metas demográficas de abatir las tasas de natalidad, sino en cuanto es un aspecto básico de la justicia social más elemental: las mujeres y los hombres deben compartir el mundo en partes iguales, y ello incluye tanto el interior como el exterior del hogar.

BIBLIOGRAFIA

- Andorka, Rudolph
(1978) *Determinants of fertility in advanced societies*, Londres, Methuen & Co.
- Anson, Francisco y Vicente Roa
(1966) *Mujer y sociedad*, Madrid, Ed. Rialp.
- Becker, Gary
(1987) *Tratado sobre la familia*, Madrid, Alianza Editorial.
- Burgess, Ernest W.
(1968) «La familia en una sociedad que cambia», en: Etzioni, Eva y Amitai Etzioni, *Los cambios sociales*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Cervantes, Alejandro
(1989) «La preocupación por las metas», en: *Demos. Carta demográfica sobre México*, N° 2, México.
- Cloutier, Renée
(1974) *Interaction conjugale et planification des naissances en milieu défavorisé urbain québécois*, Quebec, Cuadernos Labraps, Universidad Laval.
- Conapo
(1985) *Programa Nacional de Población 1984-1988*, México, Consejo Nacional de Población.